IV TRIMESTRE - 2026: EL DON DE PROFECÍA.

LECCIÓN 9: PONIENDO A PRUEBA A LOS PROFETAS.

El parámetro profético

"*Y sólo yo, Daniel, vi aquella visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo, sino que se apoderó de ellos un gran temor, y huyeron y se escondieron. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y no quedó fuerza en mí,* ***antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento****, y no tuve vigor alguno. Pero oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras, caí sobre mi rostro en un profundo sueño, con mi rostro en tierra*" (Daniel 10:7-9).

El profeta Daniel vivió una experiencia sorprendente en la visión que relata el capítulo 10 de su libro. Al analizar los detalles en la apariencia del varón vestido de lino, es inevitable hacer una comparativa con la descripción que se da de Jesucristo en en el libro del Apocalipsis, por lo que podemos concluir que **su encuentro fue, nada más y nada menos, que con el mismo Señor** en una faceta pre-encarnada.

Así como los profetas Isaías y Ezequiel, el encuentro con la divinidad produjo en Daniel un reconocimiento inmediato de su condición pecaminosa; un arrobamiento que incluso debilitó sus fuerzas físicas. El apóstol Pablo también vivió algo similar en su encuentro con Cristo cuando iba camino a Damasco que hasta lo dejó ciego temporalmente.

Dados estos antecedentes, la Biblia deja en claro que una experiencia profética de tal magnitud es demasiado impactante para el ser humano, aún cuando esté velada misericordiosamente por Dios para preservar la vida del profeta.

No obstante, esto no significa que debamos creer en cualquier manifestación que se asuma como profética porque sea deslumbrante ante los ojos humanos. Las Escrituras tienen una serie de parámetros para determinar cuando un "profeta" debe ser desechado:

"*Cuando se levantare en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciare señal o prodigios, y si se cumpliere la señal o prodigio que él te anunció, diciendo: Vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles;* ***no darás oído a las palabras de tal profeta****, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma*" (Deuteronomio 13:1-3).

Ciertamente dentro del contexto del cristianismo actual sería raro toparnos con un "profeta" que flagrantemente anime al pueblo a servir a dioses ajenos, pero ¿Y qué si en lugar de eso lo incita a asumir prácticas que contradicen claramente la voluntad del verdadero Dios?

¿Cuántos falsos profetas han normalizado el adulterio en el nombre de Dios? ¿Cuántos, en virtud de supuestas profecías, han persuadido a multitudes para invertir dinero en causas que el Señor no ha aprobado? Por esto, **el parámetro profético siempre será la Palabra de Dios**.

IV TRIMESTRE - 2026: EL DON DE PROFECÍA.

LECCIÓN 9: PONIENDO A PRUEBA A LOS PROFETAS.

¡A la ley y al testimonio!

"*¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido*" (Isaías 8:20).

Está contundente sentencia profética fue escrita dentro del contexto de un pueblo que se veía tentado a dejar la sencilla sujeción al Dios de sus padres para recurrir a la necromancia:

"*Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? **¿Consultará a los muertos por los vivos?***" (v.19).

Por muchas demostraciones sensoriales que demuestren, **sabremos que un profeta nunca ha sido enviado por Dios si contradice su Palabra**. Esta advertencia es confirmada incluso por uno de los discípulos más privilegiados, a quien el Maestro le permitió presenciar la asombrosa escena de su transfiguración:

"*Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. **Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo***" (2 Pedro 1:16-18).

Y aunque Pedro contempló un vestigio de la gloria del Señor al ser transfigurado, nos alerta que una experiencia tal no sustituye a la profética más segura:

"***Tenemos también la palabra profética más segura**, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones*" (v.19).

De tal manera que los hijos de Dios en este tiempo deben seguir afianzando su fe en un "*así dice Jehová*", siguiendo el ejemplo que trazó Jesús al enfrentarse al tentador durante su estadía de ayuno y oración en el desierto.

"*Él respondió y dijo: **Escrito está**: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*" (Mateo 4:4).

La humanidad de Cristo como norma profética

"*Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; **y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha***

venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo*, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo*" (1 Juan 4:1-3).

Dentro del ejercicio profético existe otro parámetro fundamental: **Confesar que Cristo verdaderamente vino en carne, con todo y lo que eso implica**. El discípulo amado promulgó está declaración dentro del contexto histórico de la expansión del docetismo dentro del cristianismo: Una enseñanza con origen filosófico griego que promovía una humanidad solo aparente del Señor. En pocas palabras: Cristo parecía compartir nuestra humanidad, pero en realidad esto era solo "apariencia".

No obstante, la Biblia deja en claro que Cristo debía asumir nuestra humanidad para completar su misión:

"*Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre,* ***él también participó de lo mismo****, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham.* ***Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo****. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados*" (Hebreos 2:14-18).

Esto era necesario ya que la carne está incapacitada para cumplir con la justicia por causa del pecado, por lo que Dios condenó al pecado en la carne de Cristo. Una carne verdaderamente humana:

"*Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado,* ***condenó al pecado en la carne***" (Romanos 8:3).

Como ya vemos, esta enseñanza es completamente bíblica, pero también está reflejada y avalada con contundencia en los escritos de Ellen G. White:

"*Satanás había señalado el pecado de Adán como prueba de que la ley de Dios era injusta, y que no podía ser acatada.* ***En nuestra humanidad, Cristo había de resarcir el fracaso de Adán****. Pero cuando Adán fué asaltado por el tentador, no pesaba sobre él ninguno de los efectos del pecado. Gozaba de una plenitud de fuerza y virilidad, así como del perfecto vigor de la mente y el cuerpo. Estaba rodeado por las glorias del Edén, y se hallaba en comunión diaria con los seres celestiales.*

No sucedía lo mismo con Jesús cuando entró en el desierto para luchar con Satanás. Durante cuatro mil años, la familia humana había estado perdiendo fuerza física y mental, así como valor moral; ***y***

Cristo tomó sobre sí las flaquezas de la humanidad degenerada*. Únicamente así podía rescatar al hombre de las profundidades de su degradación*". **El Deseado de Todas las Gentes, p.91.3.**

Por lo tanto, es indispensable para todo profeta verdadero confesar que Cristo verdaderamente vino en carne.

La seguridad de la verdadera profecía

"*Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego.* ***Así que, por sus frutos los conoceréis***" (Mateo 7:15-20).

Otro comprobante profético indispensable es el testimonio del presunto profeta. Solo si su vida va acorde con los principios que dice representar podremos considerarlo como un verdadero profeta.

Esto también aplica en la seguridad que promueve en sus profecías, ¿sus palabras llevan al pueblo a refugiarse en Jehová o en recursos terrenales? Este caso se evidenció en tiempos de Jeremías:

"*Entonces el profeta Hananías quitó el yugo del cuello del profeta Jeremías, y lo quebró. Y habló Hananías en presencia de todo el pueblo, diciendo: Así ha dicho Jehová: De esta manera romperé el yugo de Nabucodonosor rey de Babilonia, del cuello de todas las naciones, dentro de dos años*" (Jeremías 28:10-11).

Jeremías, un verdadero profeta de Dios, habló al rey y al pueblo de Judá aconsejándoles rendirse ante Nabucodonosor, rey de Babilonia. Hananías profería falsas profecías influenciado por su nacionalismo y así incitaba al rey. El resultado fue inevitable:

"*Por tanto, así ha dicho Jehová: He aquí que yo te quito de sobre la faz de la tierra; morirás en este año, porque hablaste rebelión contra Jehová.* ***Y en el mismo año murió Hananías, en el mes séptimo***" (v.16-17).

Solo Dios y su Palabra pueden confirmar el carácter de la verdadera profecía.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!